

# LA CONDICIÓN HUMANA

Esbozos escépticos

1. La condición humana
2. Don Juan y Fausto
3. Cándido y Pangloss
4. Un capítulo sobre el mundo de hoy
5. Bibliografía recomendada

## 1. LA CONDICIÓN HUMANA

Es peligroso mostrar al hombre cuán semejante es a las bestias, sin mostrarle a la vez su propia grandeza. Más peligroso es mostrarle su grandeza sin su bajeza. Y aún más peligroso es dejarle en la ignorancia de la una y de la otra.

*Blaise Pascal*

- Dios me perdone y disculpe –replicó Tibergo- , pero estoy pensando que trato con uno de nuestros jansenistas.
- No sé lo que soy, ciertamente –contesté a mi vez- , ni tampoco veo con claridad lo que se debe ser, aunque comprendo la verdad de cuanto dicen.

*Avate Prévost, Manon Lescaut*

Las categorías morales suelen situar aquello que es bueno como lo “humano” y aquello que es malo como lo “inhumano”. La condición humana no se reduce a esta simplificación, pues lo considerado como “humano” y lo considerado como “inhumano” trasciende sus fronteras y se sitúa en un mismo lugar, en una misma raíz, el “corazón del hombre”. No hay un hombre que sea “inhumano” ni “humano” por el hecho de hacer lo que por convención se acepta como bien o mal. Dostoievski dice: “El bien y el mal luchan constantemente y el campo de batalla es el corazón del hombre”. En el corazón están el bien y el mal, lo humano y lo inhumano. Pero lo humano implica en realidad las dos cosas. Por eso en el ser humano se da el conflicto, la contradicción lo constituye en la medida en que cualquiera debe vivir en una moral.

Freud atestigua en *El malestar en la cultura* que en el hombre está el Eros, la pulsión de amor, y el Thánatos, la pulsión de muerte. Esto concede densidad a las personas, conforma sus universos, da vida a los grandes personajes literarios, a las grandes narraciones. En ellos hay santos y demonios, que conviven y luchan en el mismo lugar, se da la lucha interior y el combate exterior. Stevenson lo muestra en la célebre novela, *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, el uno le pertenece al otro. Cada uno de nosotros es capaz de ser malo dadas las circunstancias, y cada uno de nosotros es capaz de ser bueno. Las fronteras a menudo son equívocas y difusas. Una vez más Dostoievski nos puede ayudar a entenderlo: “El hombre es ese ser que se adapta a todo”. La obra de Hannah Arendt, *El Eichmann en Jerusalén*, atestigua esta realidad. No hay nada de especialmente maligno en el genocida nazi, tan solo su adecuación a un orden lógico, a una moral de Estado.

El término, “la condición humana”, proviene de la novela del mismo nombre del novelista André Malraux, y goza de mucha popularidad en Francia y España, pese a ser equívoco. La condición humana es todo aquello que hace que el

hombre sea como es, son las condiciones que se van generando en su relación en el mundo y que determinan su capacidad de acción, su libertad. En líneas generales "libertad" no es más que conciencia de la necesidad y más específicamente, de nuestras taras. También el hombre es cambio, no es naturaleza. Una piedra siempre será lo que es, el hombre nunca es, siempre está siendo otra cosa, en constante movimiento.

En el hombre se da el espíritu de dominación. Entendemos la historia, la conquista, la guerra, la muerte a través de este eje. ¿Cómo es posible que las fotografías de los horrores de las guerras no hayan hecho detenerse todos los conflictos bélicos? Entendemos así la derrota del espíritu humano, la perpetuación de su lado más siniestro en tanto que su fondo se intuye como pulsión oculta y necesaria, aquel del que no podemos huir, aquel por el cual tenemos que cabalgar las contradicciones de la vida. Pero aunque hemos sabido controlar a los espectros amenazadores de la naturaleza, ya hemos logrado comprenderlos, debemos renunciar al método. Hay que confiar en el azar, también en los avances científicos: la obra de un Einstein o un Prigogine lo atestiguan. Lo que concierne a nuestra relación con el propio ser humano es todavía más complejo, y siempre estamos en disposición de negar un progreso semejante. Justicia, injusticia, bien, mal, belleza o fealdad, son palabras difícilmente conquistables por una ciencia fundamental, pues la justicia es contraria a la lógica. Toda ciencia está sometida a un límite, a una demarcación por la cual se definen la frontera entre lo científico y lo metafísico. Es por esto que el avance en lo que refiere al humanismo ha sido mucho más lento, mucho más compleja la correcta organización de los seres humanos en pos de la paz y la libertad.

Hegel, recogiendo un pensamiento oscuro y quebradizo, pero de enorme fuerza, cuya traza no es difícil rastrear hasta Heráclito, estableció que lo característico del hombre reside en no ser lo que es y ser lo que no es. No es posible ser más fuerte que estas voces, no es posible ir más allá ni hurgar más bajo, son palabras inaugurales y definitivas, puro y remotísimo pasado del que sabemos que estará lleno a rebosar nuestro futuro, cualquiera que éste sea. El hombre trata siempre de huir de la identidad, conquistando así una libertad que experimentada en su máximo alcance resulta angustiosa. Todo lo que pertenece al Mundo, todo lo que está sometido a una necesaria legislación, todo lo que aparece estable, fijamente acotado y relacionado, se mantiene, repite y provoca sin alteración. La razón de esta realidad es la Lógica. En una palabra, el hombre no es cosa, no es cosa real alguna, está entre las cosas y es en cierta medida todas las cosas (lo que equivale a decir que no es ninguna) pues debe ponerse constantemente en el lugar de la cosa, siendo lo opuesto a lo idéntico, lo legislado, lo real; pues tiene la capacidad de elegirse, de elegir lo que quiere ser, de "escoger lo que hacer con lo que hicieron de él", en palabras de Sartre. Hijo de la imaginación la realidad no le diluye, no le agota, es el fantasma, que se pone en el lugar de la cosa sin permitir que cosa alguna ocupe su lugar. El hombre se sitúa así al borde de la razón, en el desgarramiento, en constante pugna con ella. Perdida su autonomía creadora, el hombre comienza a ser vivido desde fuera, precisamente porque ha ocupado su dentro con el orden causal de lo exterior, llenando de solidez sin

fisuras ni esperanzas su potencial creador. En uno de sus poemas Hölderlin dice: "...pero donde hay peligro, crece también lo que salva."

A través del lenguaje articulado, a través de las palabras en una cultura es cómo podemos reconocer en el tiempo, en la historia, la escisión irrecuperable de la naturaleza humana. El lenguaje ha sido tan útil como generador de quebraderos de cabeza que se evidencian en los problemas de significado y de designación de la cosa por su concepto en figuras como Wittgenstein. Además muchas han sido las teorías en torno a esta naturaleza primigenia que no será necesario considerar, pues si algo distingue al ser humano es su enorme dimensión cultural, es decir, aquello que aprende de otros seres humanos y que no es inherente a su herencia genética, no obstante estar sometidas ambas a un constante cambio en el devenir temporal. Lo que si podemos reconocer como perpetuo es la relación que mantiene el ser humano con su condición mortal y con su proyección hacia el futuro, que podemos rastrear hasta textos tan lúcidos y logrados como la *Epopéya de Gilgamesh*, una serie de escritos acadios de más de 4000 años de antigüedad. Y es que el hombre siempre ha buscado trascender su mortalidad, alcanzar esa inmortalidad (es decir, permanencia en el tiempo) que había sido concedida a los dioses. El pensamiento de la Grecia Antigua anterior a Platón fue deudor de esta actitud para con la existencia, la actitud de una vida activa, que a través del ejercicio práctico lograrse semejarse a los dioses consiguiendo crear obras perdurables tras la muerte de su creador. Éste es el sentido de la poesía de Píndaro, el acercarnos a los dioses (nótese el sentido tan alejado del cristiano o monoteísta), a aquellos que admiramos. En lo que respecta a esta vida activa no solo encontramos el sobrevivir, sino también el desarrollo tecnológico y la creación artística. Fue Platón el primero en plantear con enorme influencia a la experiencia extática, a la mera contemplación (tan estrechamente relacionada con el silencio), como cumbre de la experiencia humana; renunciando así a la actividad inmortal y optando por la eternidad (es decir, aquello que está fuera del tiempo). Esta misma actitud contemplativa sería el paradigma de la edad media y la religión monoteísta, así como parte de la Edad Moderna hasta la llegada de Marx y Nietzsche que devolverían a la actividad su lugar privilegiado. Porque el mero trabajo instrumentalizado no puede representar la cumbre de la experiencia humana, aunque si reclame su dignidad.

El arte es una técnica no instrumental, anti-utilitaria, a pesar de ser una capacidad activa y no meramente contemplativa. El arte tiene el propósito de probar prácticamente, más allá de necesidades biológicas, físicas o históricas, que el hombre no pertenece al reino de las cosas. Es decir, que ninguna causalidad objetiva puede dar plena cuenta del sentido que su estar en el mundo tiene para sí mismo. El arte no es útil sino imprescindible: "el arte y nada más que el arte, tenemos el arte para no morir de la verdad" dice Nietzsche. Las cosas adquieren en él dimensiones indeterminadas que pertenecen a lo libre, realiza las posibilidades ocultas del mundo y revela que también en la opaca indentidad de las cosas tiembla algo mágico que no es cosa, algo que busca desmentirse, trascenderse, reivindicarse. Transforma lo que por lógica identificadora se conservaría permanentemente como unidimensional e inmutable. El arte

descubre en el mundo lo que su apariencia no proporciona. Quien goza del arte es quien posee la facultad estética de reconocer, porque en el arte la creación es una forma de reconocimiento y todo reconocimiento es creación. No hay arte de masas estrictamente, porque el arte se resiste a la masificación, ni tampoco de lo individual, ese personaje que habita como una célula las masas. Es del ser humano concreto, único e irrepetible, situado más allá de la antítesis estatal entre lo público y lo privado, quien vierte su lucidez en el juego artístico. En el arte es el espacio donde el ser humano reconoce a otro ser humano. Citaré a Emil Cioran, pensador rumano: “Mientras le preparaban la cicuta, Sócrates aprendía un aria para flauta. “¿De que te va a servir? ”, le preguntaron. “Para saberla antes de morir”.”

## 2. DON JUAN Y FAUSTO

Fausto

- ¡Muerta está, muerta! ¡Escúchalo y desesperate conmigo!

Don Juan

- ¿Desesperarme? ¡Cuando el dolor y la congoja de la desgracia y las embravecidas olas del corazón nos atacan...se trata de izar la bandera que flamea en los mástiles de la vida, se trata de combatir por su honor, por su gloria, hasta el abismo de la extinción!

*Christian Dietrich Grabbe, Don Juan y Fausto*

El fondo de toda civilización, de toda cultura, es el mito y también la mística. El filósofo español Gustavo Bueno, creador del sistema del materialismo filosófico supo reconocerlo tras publicar el libro *El mito de la cultura*, así como *El mito de la izquierda* y *El mito de la derecha*. Toda civilización parte de un mito (o varios) fundacional y está proyectada a él. En este sentido un mito resulta una base firme donde asentarse, y al mismo tiempo no está sometido a dogmatismo, si no a cambio perpetuo y actualización transformadora a través del arte. En esto se diferencia radicalmente de la religión monoteísta o de cualquier otra actitud inmovilista. El mito nos reconcilia con la escisión insalvable entre esencia (aquello que permanece) y existencia (aquello que se pierde), entre lo necesario y lo contingente; o en otros términos, entre la forma perdurable y el evento pasajero que se identifica en la misma. De aquí también surge la tragedia y su enorme potencial. La tragedia no es “aquello que termina mal”, si no el dolor que corresponde a todo ser desengañado ante un mundo que parecía responder a nuestros deseos, o en términos de Camus: ese absurdo que nace de la confrontación entre la desesperación humana y el silencio del mundo. La tragedia también responde a la frase lapidaria de Nietzsche: “hemos comprendido que el devenir no tiende a nada. No hay finalidad en el todo”. Pero el griego supo reconocer el posible desastre del espíritu, los horrores de la existencia y colocó frente a ellos aquellas criaturas resplandecientes de los olímpos, aquello a lo que aspiraba, aquello que admiraba. En el mito vemos representada nuestra actitud por la cual vivimos en el perpetuo intento, en lo inacabado, sobre esa luz que nosotros mismos arrojamos por delante de nuestra mirada. El mito, a diferencia de la doctrina, no nos libra del peso de nuestra propia vida. Nuestra condición mortal nos revela que el universo comienza y acaba con cada individuo, cada individuo vive en lo absoluto de su mérito o su nulidad, pero al mismo tiempo la sociedad es consubstancial al ser humano, no somos conscientes de hasta que punto dependemos del resto, por muy solitarios que nos consideremos. Además, toda conciencia de la vida es conciencia del mal de la vida. Sentimos lo que nos duele, solo así no pasa desapercibido. Pero

debemos aceptar el reto, debemos vivir el desgarrar por el cual nos está prohibido regresar a aquel estado de paraíso del cual hemos perdido el recuerdo, esa substancia de la nostalgia que constituye lo profundo de nuestro ser. También debemos rechazar las soluciones de Moro en su *Utopía* (1516), o Tomaso de Campanella en su *Ciudad del Sol* (1623) o a Francis Bacon en su *Nueva Atlántida* (1627), y decantarnos por la sátira corrosiva de Jonathan Swift, o aquel Cervantes que inaugura la novela moderna, en donde se dan todas las dudas, todos los conflictos (especialmente el mayor entre la ilusión y la realidad), o la obra trágica de un Shakespeare. Debemos aceptar que la fe es al mismo tiempo absolutamente necesaria y completamente imposible, del mismo modo que sin olvido no hay vida. Esa vida que se inaugura entre dos abismos, previo y posterior a la muerte; esa vida en la que Goethe dijo: “vivimos entre dos infinitos, la multiplicidad del ser y nuestra posibilidad ilimitada de perfeccionamiento, pasamos por el reino del saber, la ciencia, para volver mejor equipados a la vida. Pero el fin de todo escepticismo es la desesperación, el fondo de toda metafísica los cabezazos contra los muros.

Don Juan y Fausto se encuentran en los infiernos, ambos han quebrado las normas, ambos se han visto condenados para la eternidad por una moral cristiana. Pero Don Juan no cree en el infierno, al menos no en uno más allá. Él se ha agotado sin explicarse, ha buscado el placer y la felicidad sin renunciar a los peligros, y cuando estos han llegado, aunque sea como réplica de su condenación eterna este apenas exclama: “¡Cuán largo me lo fiáis!” Porque Don Juan se ha visto desengañado, y como cualquier desengañado de su tiempo ha supuesto un peligro. Fausto también, al pretender alcanzar los límites. Pero mientras Fausto se desespera, Don Juan no. Porque el uno vive en forma de proyecto, porque no sabe que sacrifica todo su presente por su porvenir, por un absoluto, por un gran sistema; y así también condena su futuro. Mientras que el pícaro de Don Juan no necesita más tiempo del que tiene, porque vive en un constante presente, porque niega los anclajes del amor. Fausto ha vendido su alma al diablo por agotar todos los saberes humanos, por conocer todos los placeres mundanos y conseguir ver correspondido su amor. Contrario a la actitud de un Goethe que le dio vida, este se acerca más a la de un Nietzsche, que juega con los infinitos, que agota los recursos de la humana inteligencia hasta la locura. Es un creador, porque con cada nueva aventura ha vuelto a vivir, y es un rebelde, porque restando la condena moral de su actitud ha sabido enfrentarse a las amenazas reales y las ha tomado como retos hermosos. En el fondo es un melancólico, porque sabe que combate el aburrimiento, porque sabe que el fondo humano no es racional ni irracional, sino absurdo, pero debemos imaginarlo paseándose por el infierno mientras ríe a carcajadas; y a Fausto como un nostálgico que esboza una sonrisa.

Mitos como el del velo de Maya, o el espejo de San Pablo, como el de la fuente del Mímir y la de Letheo; son poderosos por su sentido. Porque el animal percibe el significado de las cosas pero no su sentido, que es solo accesible al hombre, que debe crearlo. Porque en definitiva el camino tiene un sentido, pero no un significado.

### 3. CÁNDIDO Y PANGLOSS

Mañana y mañana, y mañana  
se desliza con pasos sigilosos  
hasta la última sílaba del tiempo  
computado,  
y todos nuestros ayeres han  
alumbrado a los necios  
el camino a la polvorienta muerte.

*William Shakespeare, Macbeth*

El siglo XVIII se vio inspirado por la idea de progreso, en la cual se gestó y a partir de la cual la historia nunca volvería a ser la misma tras la Revolución Francesa. Algo había ocurrido, un nuevo mundo se alzaba, aquel en el que la voluntad del hombre podía imponerse a los designios divinos, a las órdenes de los monarcas. Por primera vez en la historia un rey no es derrocado con el objetivo de colocar otro rey en su lugar, si no que toda la revolución se ve envuelta en los ecos de la democracia y la voluntad del pueblo. En su novedad radica su grandeza, también sus riesgos. El mundo no había conocido aquella nueva voluntad, que en términos filosóficos se había iniciado con la duda cartesiana y tal vez con El Quijote.

La idea de progreso fue en una cierta época una idea considerada optimista, substituyendo así a la previa sobre la providencia divina, que velaba porque las cosas sucedieran (pese a resultar siniestras o dificultosas) como debían suceder. El progreso comienza a substituir a esa misma función, esta vez tras la secularización de las instituciones, la función de ver aquellas cosas que desconciertan, las crisis o los crímenes en un sentido que confluye en la mejora global de las cosas, que se despliegan hacia un mañana más radiante. Nicolas de Condorcet, enciclopedista y discípulo de Voltaire, que había participado entusiasmadamente en la revolución, fue el primero en introducir este concepto con cierta fuerza en su *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Defensor del derecho de voto de las mujeres y contrario a la pena de muerte, elaboró este escrito sobre el progreso en su huida de la justicia, reconociendo que las penurias que sufría colaboraban en algún sentido para lograr un mundo mejor. Un mismo aliento impulsa toda la abstrusa obra de Hegel, el último gran sistema filosófico y del cual beben actuales pensadores tan dispares como Slavoj Žižek o Antonio Escohotado. En Hegel la historia universal sigue un proceso dialéctico por el cual las tesis deben sufrir contradicciones en su lucha constante contra sus antítesis a raíz de las cuales surge una síntesis



final que lleva consigo el espíritu de todas las previas. En este sentido en el que lo entendió Marx, discípulo de Hegel, la historia universal sigue una suerte de proceso lineal, de avance irresoluble por el cual no hay retrocesos y solo superaciones que conllevan unas ciertas reglas históricas que necesariamente se cumplirán, pero que requieren de la acción humana al mismo tiempo para hacerse realidad. Esto es lo que se conoce como historicismo, el cual sería seriamente criticado por pensadores como Karl Popper. Así, todo el sufrimiento y las barbaries que encontremos por el medio son solo sucesos necesarios para que el espíritu humano alcance su libertad, para que la realidad subjetiva humana y la realidad objetiva con la cual interactuamos dé como resultado un absoluto en el que confluyen apaciblemente al fin. Hagamos lo que hagamos o suframos lo que suframos el tiempo nos llevará a mejor, pues la historia se ha puesto en marcha con o sin nosotros, idea perezosa que recuerda a aquello de que la esperanza en ocasiones son en realidad ganas de descansar. Podríamos pensar entonces que tanto los esperanzados como los que no tienen esperanzas, los optimistas y los pesimistas, son gente perezosa, que espera o bien a que el mundo vaya para mejor sin necesidad de trabajar por ello o bien que el mundo va para peor y nos estamos convirtiendo en piezas diminutas de una enorme maquinaria a la que servimos y por lo cual el espíritu humano sufre una decadencia irreversible. Las conclusiones son las mismas, aunque los puntos de partida no. Esta idea de progreso, sea en signo positivo o en signo negativo, y mecanizada en gran medida, parece rendirse a un devenir a favor o contra el cual uno nada puede hacer.

Popper, por ejemplo, y después la gran mayoría de liberales como Isaiah Berlin, Mario Vargas Llosa o el también mencionado Antonio Escotado han defendido abiertamente que estamos viviendo la mejor época que ha conocido el ser humano, fuente de un progreso sin precedentes que en los últimos cien años y pese a sistemas totalizadores y grandes guerras ha logrado aumentar enormemente los niveles de vida, creando una clase media amplia y la cual no solo puede alimentarse correctamente si no que dispone con facilidad de tecnología muy avanzada. No obstante mucha gente objetará a esto, pese a pensarlo, que parece una ofensa contra todo el sufrimiento que se da en el mundo, especialmente el relativo a guerras económicas llevadas a cabo en el norte de África. Se necesita cierto pudor para describir la época que estamos viviendo como la mejor ya que no solo tenemos que considerar un progreso material, positivo respecto de tiempos previos como la Edad Media, sino que también se tienen que tener en cuenta los factores humanísticos. El progreso de la compasión o la solidaridad que tal vez sean más complicados de ver o admitir en nuestras fechas, el progreso moral que paradójicamente a sufrido el impedimento de poder llamarse progreso a sí mismo. Ciertamente la época moderna ha conocido la seguridad social y la incorporación de la mujer al trabajo. Pero cuantas cosas inquietantes intuimos en aquello que escapa a nuestro entendimiento. Hemos perdido el paraíso, tanto aquel del que fuimos expulsados como aquel al que estábamos destinados tras este valle de lágrimas, y ahora nos encontramos el pleno siglo XIX con la utopía, el movimiento por el cual se alimentan las esperanzas. Pero una misma fuerza alimenta la nostalgia y la

esperanza, la fuerza que radica en el derecho humano a fantasear y fabular en torno a hechos pasados y futuros. Una vez desengañosos ante las utopías nos vemos de nuevo anclados a la historia que no promete más que su movimiento, su realidad y sus constantes presentes vividos e imbricados en múltiples temporalidades.

Ciertas actitudes hoy escapan a aquella concepción de progreso gestada en los comienzos de la edad moderna. Zygmunt Bauman, por ejemplo, dice: “El progreso, en otros tiempos la manifestación más extrema de optimismo radical y promesa de felicidad duradera universalmente compartida, está ahora ubicado en el polo diametralmente opuesto, distópico y fatalista de las expectativas. Hoy encarna la amenaza de un cambio implacable e inexorable, que lejos de augurar paz y alivio, no hace más que presagiar una crisis y una tensión continua que no dejarán un momento de respiro. El progreso se ha transformado en una especie de interminable e ininterrumpido juego de las sillas musicales en el que un solo instante de desatención acarrea una derrota irreversible y una exclusión irrevocable. En lugar de grandes expectativas y de dulces sueños, el progreso evoca noches de insomnios, repletas de pesadillas en la que nos acosa la sensación de quedarnos rezagados, de perder el tren, o de caer por la ventanilla de un vehículo en marcha que no deja de acelerar.” Estamos ante la zozobra del presente, acuciada bajo las promesas de los hombres que nos precedieron: “el hombre es ese animal que promete” dice Nietzsche. Se ha producido una inversión semántica en torno al progreso, porque es cierto que hay menos cosas malas que antes, pero las que hay nos parecen mayores por su aislamiento que nos tortura en mayor medida. Un bien escaso vale más, un mal escaso atormenta más.

Recuerdo entonces a aquellos poderosísimos personajes del *Cándido* de Voltaire, obra que concibió el ilustrado para enfrentarse al pensamiento optimista de un filósofo multidisciplinar alemán, Gottfried Leibniz, quien consideraba este mundo como el mejor de los posibles. En la obra, el joven Cándido viaja por todo el globo y no descubre más que miseria y guerra, injusticia y sufrimiento, causado tanto por parte de una naturaleza indiferente como por parte de la vil condición humana. Su maestro Pangloss, sin embargo, no deja de repetir que las cosas van a mejor y que el mundo es un buen lugar donde vivir. La evidencia de Cándido, al igual que la de la de Voltaire, lo lleva a la conclusión que lo más que puede hacer uno en este mundo es “cultivar su propio jardín”, esto es, atender a aquello más íntimo que le rodea y despreocuparse de cambiar un mundo que siempre se ha visto alimentado por las mismas fuerzas crueles. Este pesimismo nada exaltado se corresponde muy bien con la propia idea de Voltaire acerca del avance de la razón a lo largo de la historia en oposición a sus enemigos y siempre condenada a ser reducida a un segundo plano, a moverse entre las sombras. La obra nos pone de bruceos con dos actitudes fundamentales ante la vida, y no debemos olvidar que toda reflexión, todo pensamiento o idea que adjetiva, que califica, surge de una concreta disposición del ánimo. No obstante, hay que considerar la enorme fuerza de la actitud pesimista, pues esta parte de la aceptación de una realidad que no se doblega ante nuestros ánimos, y surgiendo de la posibilidad de lo peor y renunciando lúcidamente a vanas

esperanzas, nos pone en guardia y lleva a un entendimiento mucho más profundo del mundo y el ser humano, como aquel propugnado por la actitud de resignación oriental de Schopenhauer y discutido más tarde por la fuerza griega creadora de Nietzsche. El escritor Ernst Jünger nos recuerda en su comentario a Heidegger, *Acerca del nihilismo*, la diferencia fundamental que se da entre el pesimismo y el derrotismo, pues el pesimismo no renuncia a la completa acción personal, pero sí a los juegos engañosos y las aspiraciones vanas. Y que duda cabe de que debemos cultivar nuestro propio jardín, del que tan sabiamente y de forma ambigua habló Voltaire en su *Cándido* evitando precisar más de lo debido.

#### 4. UN CAPÍTULO SOBRE EL MUNDO DE HOY

La mayoría de los hombres persiguen el placer con tal apresuramiento que, en su prisa, lo pasan de largo.

*Søren Kierkegaard*

Hoy más que nunca pero menos que mañana este mundo requiere de nosotros nuestro máximo esfuerzo, nuestro máximo nivel de atención si no queremos vernos arrastrados. Y sin embargo atención es lo que se nos exige, y más que atención, distracción. Resulta desconcertante que en el momento en el que nos encontramos la historia corra incluso más rápido que nosotros, esto es que llegamos a vivir épocas y revoluciones tecnológicas que superan nuestra capacidad de reconocimiento en ellas. En los años 20 Ortega y Gasset se permitía estar al tanto de todos los avances que se daban en numerosas disciplinas científicas y artísticas, y aún entonces esto requería de tiempo libre y un gran esfuerzo que pocos estarían dispuestos a llevar a cabo. Hoy, cien años más tarde solo cabe profesionalizarse y especializarse al máximo, pero nada indica que esta aceleración no nos pueda llevar por delante en cuanto a nuestra capacidad psíquica de adaptación. Si uno atiende a las interpretaciones, estamos desbordados, si uno trata de cosechar hechos, se ve reducido a interpretaciones, y no obstante todo tiende a exigirnos el máximo rigor, la máxima novedad, la máxima creatividad y la mirada al futuro. Paul Valéry explicaba así este fenómeno histórico: “La interrupción, la incoherencia, la sorpresa son las condiciones habituales de nuestra vida. Se han convertido incluso en necesidades reales para muchas personas, cuyas mentes sólo se alimentan (...) de cambios súbitos y de estímulos permanentemente renovados (...) Ya no toleramos nada que dure. Ya no sabemos cómo hacer para lograr que el aburrimiento dé fruto. Entonces, todo el tema se reduce a esta pregunta: ¿la mente humana puede dominar lo que la mente humana ha creado?”

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? A grandes rasgos es fácil entender que desde el principio de los tiempos nos hemos acostumbrado a evitar las grandes cuestiones a través de figuras divinas o míticas, si bien nunca hemos renunciado completamente a ellas. El despliegue de la razón es correlativo con el desvanecimiento del universo simbólico religioso, que pierde tanto su especificidad de tejido vinculante como su fuerza coercitiva, así como la capacidad de producir pautas de interpretación del mundo físico, el orden social y el comportamiento individual. Para nuestra modernidad autoconsciente, el mito y la religión pertenecen a un estado obsoleto y superado de la historia de la conciencia que ha de ser explicado y substituido por nuevas formas de análisis, fundamentalmente científico-técnico e histórico-social. No es difícil comprender el temor que inspira el aviso que dio Heidegger, el filósofo alemán, al señalar que la técnica (entiéndase tecnología) sería la metafísica (alma, Dios, mundo) del futuro. A este respecto Heidegger también advierte: “Cuando el tiempo sólo sea

rapidez, instantaneidad y simultaneidad, mientras que lo temporal, entendido como acontecer histórico, haya desaparecido de la existencia de todos los pueblos, entonces, justamente entonces, volverán a atravesar todo este aquellarre como fantasmas las preguntas: ¿para qué?, ¿hacia dónde?, ¿y después qué? La filosofía de la muerte de Dios, así como la idea de proceso de secularización de Max Weber o el desencantamiento, propicia un deterioro de la cosmovisión universal de sentido (por ejemplo, la de Dios) y su substitución por múltiples referentes parciales de significado de índole normativa, cognitiva, organizativa y estética. Y no es tanto el *logos* (programa racional) como el *pathos* (adhesión pasional) de la ilustración kantiana lo que se ha ido perdiendo con los años. Kant, en consideraciones que lleva a cabo en torno a la Revolución Francesa, propone que es el deseo lo que permite la adhesión pasional al acontecimiento, convirtiéndolo en signo histórico. Pero nuestra época es excesiva en deseos, parejo a la distracción, que el capitalismo ha sabido convocar y explotar económicamente llegando a la neurosis. Hay en nuestra época una falta de interés, una desconfianza hacia todo proyecto social, un miedo en la soledad y en la gente paradójico respecto del enorme crecimiento de los sistemas de información y comunicación.

Recordar la distinción que hizo Guilles Deleuze a raíz de una idea de William Burroughs sobre la sociedad resultará aquí interesante. Se entiende por sociedad de disciplinaria aquella sociedad que ejerce un control directo de la población a través de la observación y la punición coercitiva; y la de control, aquella que organiza a las personas a través de significados simbólicos y la distracción.

El diseño de la modernidad dio como fruto dos sistemas de gestión social cuya distinta suerte es hoy notoria. Se tratan del comunismo y el liberal-capitalismo, planteados en sus inicios por Karl Marx y Alexis de Tocqueville respectivamente (el modelo anarquista de Bakunin no sufrió la misma suerte). En ambos sistemas es preciso anteponer las condiciones de funcionamiento a las pretensiones de valor. De tal forma que la economía planificada del sistema comunista, o socialismo real, exigió con carácter de provisionalidad permanentemente diferida, el sacrificio de la libertad mientras que la economía liberal exige el sacrificio de la igualdad, que anula una libertad real a la cual invoca de manera formal. Las pautas de conducta individual y colectiva están orientadas al mantenimiento y desarrollo de un sistema, presuntamente autorregulado, que ha pasado de ser un sistema de producción a caracterizarse cada vez más como sistema de intercambio generalizado y consumo masivo. No hay imposición dogmática como en las sociedades disciplinarias, no hay imperativo de trascendencia o paraíso futuro, como en las utopías sociales. Los códigos de conducta emanan del sistema como exigencia para su buen funcionamiento. Entonces se puede hablar de una estructura racional de dominación, impelida por las urgencias y necesidades de un sistema que se ha convertido en criterio último de valor y verdad, en fiador de una ideología inmanente que ha reducido el valor a incremento cuantitativo, a beneficio económico. El sistema, como cualquier otro, es inadecuado al tener que reducir la complejidad de lo real para

someterlo a sus exigencias. En cuanto la pasión se agota, en cuanto el impulso creador desfallece, el entusiasmo degenera en dogma.

El cientificismo ha constituido para bien y para mal la religión de los últimos doscientos años. El hombre logró transformar las cosas a su disposición, hasta que finalmente el mismo se consideró cosa. Todo el impulso posmoderno posterior al mayo del 68 constituyó un desesperado intento de volver a subjetivizar al ser humano, interpretando el mundo como texto, a través del estructuralismo de la semiótica, la deconstrucción, el psicoanálisis o la hermenéutica, desconfiando de los metarrelatos propios de la época moderna (como el marxismo). Figuras destacadas de esta corriente son Michel Foucault, Jacques Derrida, Gianni Vattimo o François Lyotard. Además, se constituyeron movimientos emancipatorios e identificativos respecto de la identidad sexual, la raza o la mujer así como un proceso de descolonización. Pero la desconfianza a la que el mundo se vio abocado no supo dar respuestas, y la actitud escéptica y la distancia irónica sirvieron como respuesta débil a un mundo hostil. Esta mirada recogió aquella famosa sentencia de Nietzsche por la cual no existen hechos, tan solo interpretaciones. Hoy el fenómeno de la posverdad, cuyo paradigma es Trump, atestigua esta desconfianza en principio vinculada a la buena fe de la izquierda que quería devolver su poder al sujeto, a la persona individual, frente al peligro de una verdad científico-institucional representante del poder y el sometimiento. La posverdad es un fenómeno singular en la historia, nacido conceptualmente en 2016, el cual se diferencia de la mentira por no pretender ni siquiera ser cierta, si no apelar a la impresión subjetiva de la persona aunque esta no se corresponda con los datos empíricos de la realidad.

El lógico y filósofo analítico Bertrand Russell advirtió a la futura humanidad en una entrevista hecha en televisión en sus últimos años de vida que en lo referente al intelecto las personas deberían atender tan solo a los hechos, sin dejarse llevar por lo que se desearía pensar o por lo que una vez creído pudiese conllevar un beneficio; y en el plano moral, a que el amor es sabio y que el odio es estúpido. En un mundo cada vez más interconectado es crucial coexistir con los que no son como nosotros, es nuestra única forma de vivir y continuar con una existencia digna en este mundo.

Nietzsche se lamentaba en sus Consideraciones Intempestivas (en uno de sus ensayos más interesantes a mi juicio) del mal uso que se estaba dando a la ciencia histórica en la academia, planteándola como algo inerte que observar y no como ejemplo del que aprender para actuar y transformar el mundo en un presente cíclico en ciertos aspectos y en constante movimiento. Planteaba la necesidad de un hombre nuevo, fuerte e individual, que sirviese de ejemplo ético al vivir en el *entre*, en la herida siempre abierta de lo indeterminado, entre la pura razón y el puro entusiasmo representado por la nostalgia de un paraíso perdido o la esperanza de uno por conquistar. Porque el resentimiento no puede alzar un mañana y porque el nihilismo se da principalmente a través de los estados. Pero junto a esto es crucial recordar aquellas figuras capitales y similares de mediados de siglo XX traídas por Albert Camus y Ernst Jünger, estos son, el hombre rebelde y el emboscado, respectivamente. En sus ensayos estos dos personajes

constatan un hecho, el de que todas las grandes revoluciones han servido para fortalecer al Estado y aumentar su poder. Aquel hombre que es capaz de huir al poder del todo, de no resignarse, de rebelarse sin resentirse, de conquistar día a día su libertad, y que reconoce al mismo tiempo la necesidad de la vida en sociedad, de la lucha por el otro, que se reconoce en el otro, en su condición esencialmente igual a la de cualquier otro ser humano, a través y por el cual existe. Por otra parte, Jesús Mosterín, científico y filósofo español, destacó el papel fundamental de la compasión en el desarrollo y el progreso dentro de nuestra especie, y en relación a otras especies. Si bien pensadores como Bernard Mandeville con su *Fábula de las abejas* o La Boétie en su *Discurso de la servidumbre voluntaria* demostraron el papel fundamental del egoísmo y los vicios personales en el sano y libre desarrollo de las sociedades. Estas ideas no son contrarias ni irreconciliables, más bien resultan complementarias y conjugables.

A día de hoy, a la pregunta de cuantos inmigrantes son demasiados habría que responder: nunca son suficientes, pues su presencia no responde solo a una solución demográfica y económica, sino a una humanística. Hoy más que nunca debemos emplear la velocidad (que no la prisa) y la inmediatez del conocimiento del que podemos echar mano con seriedad y respeto, atendiendo a los hechos y denunciando la estupidez, garantizando en la medida de lo posible la libertad y la seguridad de las personas, sin renunciar a la experiencia subjetiva ni a los hechos objetivos, pero diferenciándolos adecuadamente. Partiendo de la distancia irónica y escéptica, debemos renunciar a la duda permanente, aceptando la infinitud y complejidad de la realidad, renunciar a la tentación del personalismo y la angustia subjetiva a la que lleva la tentación de la diversidad identificativa, tomando el reto que nos propone el mundo sin anticipar hechos futuros, haciendo uso de todas nuestras posibilidades presentes y tratando de gozar con calma de la vida, apelando a la obra de arte como sublime síntesis completa de la experiencia humana y no olvidando aquellas palabras de Dostoievski: “La verdadera garantía del individuo radica no en su esfuerzo personal aislado, sino en su solidaridad”.

## 5. BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- **El mito de Sísifo** – Albert Camus
- **El hombre Rebelde** – Albert Camus
- **Ética: Doce textos fundamentales del siglo XX** – Antología y edición de Carlos Gómez
- **La caída en el tiempo** – Emil Cioran
- **La emboscadura** – Ernst Jünger
- **Panfleto contra el todo** – Fernando Savater
- **El valor de elegir** – Fernando Savater
- **Las variaciones de Hegel** – Frederic Jameson
- **La Condición Humana** – Hannah Arendt
- **El Eichmann en Jerusalén** – Hanna Arendt
- **Sobre la revolución** – Hanna Arendt
- **La ilusión del fin** – Jean Baudrillard
- **La sociedad de consumo** – Jean Baudrillard
- **Las crisis humanas** – José Ferrater Mora
- **Posverdad** – Lee McIntyre
- **Claros de bosque** – María Zambrano
- **La modernidad cansada** – Patxi Lanceros
- **Consideraciones sobre el marxismo occidental** – Perry Anderson
- **Modernidad Líquida** – Zygmunt Bauman